

ANA FORNER

Tan
insoportablemente
NOSOTROS

Tan tú, tan nosotros, 2

booket

Ana Forner

Tan insoportablemente nosotros

Serie Tan tú, tan nosotros, 2

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ana Forner, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2021

Depósito legal: B. 13.243-2021

ISBN: 978-84-08-24782-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

María Eugenia

Freno las lágrimas durante todo el trayecto hasta mi casa, «esa casa que ya no siento tan mía porque la mía era la suya —pienso, sintiendo el latido del dolor incrementarse en mi garganta—; la mía era él y yo iba a celebrarlo a su lado y, en cambio, me estoy marchando y ni siquiera sé por qué, porque, cuando hay un motivo, en cierta forma, también hay una justificación, pero yo ni siquiera tengo eso y simplemente estoy moviéndome y tomando decisiones por instinto», medito, deteniendo la mirada en la ventanilla sin ver realmente nada, sumida como estoy en mis pensamientos y en mi dolor.

Mañana íbamos a ir comer a casa de mis padres, con mi hermana, Santi y el peque, para decirles que íbamos a casarnos y para celebrar que soy la nueva diseñadora de Dior, y, en mi imaginación, me veía brindando con todos ellos mientras él permanecía a mi lado, con su brazo rodeando mi cintura o descansando sobre mis hombros; veía su sonrisa desdeñosa y el brillo de su mirada; nos veía besándonos y a mí riendo por cualquier comentario suyo. «Qué distinto es lo que a veces imaginamos a lo que luego sucede en realidad, porque nada de eso va a ocurrir; es más, en estos momentos lo último que me apetece es celebrar nada», asumo, cogiendo el teléfono para enviarle un mensaje a mi madre, en el que le indico que ni *Ciro* ni

yo iremos mañana a almorzar porque nos ha surgido un imprevisto. «Menudo imprevisto», me lamento, secando la lágrima que ha escapado furtiva de mis ojos hasta estrellarse en la pantalla del móvil, y ha sido tan rápida que ni siquiera ha mojado mi mejilla ni me ha dado tiempo a frenarla; simplemente se ha desplomado desde mis ojos al vacío, «el mismo vacío que he visto en los suyos y ese que siento instalado en mi pecho».

Una vez pensé que, tras la nada, llegaba el todo, pero dudo mucho que haya algún todo ahora esperándome, y mira tú por dónde que la verdadera sorpresa que me tenía reservada la vida era esta y no la otra. Lo que he vivido a su lado, eso... eso, más bien, ha sido una especie de burla o de broma pesada, porque me ha mostrado lo que no voy a tener. «Vaya mierda —concluyo, mordéndome el labio inferior para frenar el ligero temblor que se ha adueñado de él—. Mi vida era perfecta tal y como era y, si no lo hubiera conocido, ahora estaría pletórica, celebrando mi nuevo cargo, en lugar de estar destrozada, regresando a mi casa con una maleta, donde, todo sea dicho, no habrá nada que combine entre sí», me quejo mientras le abono la carrera al taxista cuando detiene el vehículo frente a la puerta de mi edificio; «donde nadie va a esperarme en el rellano con magdalenas para darme la bienvenida —me machaco, apeándome del coche—, y donde su sonrisa no estará para recibirme».

«Yo creía que lo de Alberto había sido jodido —rememoro, abriendo el portal para encaminarme hacia el ascensor—, cuando lo jodido es esto que estoy viviendo ahora —reconozco mientras el elevador comienza su ascenso—. Ojalá pudiera largarme ahora mismo a París», me digo, arrastrando la maleta hasta la puerta de mi casa. Cuando accedo a ella y mi mirada tropieza con la imagen que me devuelve el reflejo del espejo de la entrada, siento cómo me desmorono, como si todas las emociones que he vivido a lo largo del día, tanto las buenas como las malas, se adueñaran de cada una de mis terminaciones nerviosas hasta arrancarme un llanto desgarrador y desolador que no me permite respirar; un llanto que no cesa, sino que se incrementa con cada uno de los recuerdos que van llegando. «Qué jodida puede ser la mente», me lamento, viendo en mi imaginación esa playa donde, sobre la arena y con conchas, escribó

que quería casarse conmigo; viendo el cielo plumizo, el mar del color del acero y ese paisaje pintado de verde testigo de mi respuesta. Puede que ese cielo encapotado fuera un presagio de lo que iba a ocurrir...

* * *

—¿Y por qué no es una pregunta?

—Porque, cuando te la haga, quiero estar seguro de que tu respuesta va a ser un sí y, a pesar de lo que has dicho, todavía no estoy del todo seguro.

—Puede que te equivoques.

—¿Lo dices en serio?

—Prueba.

—¿Quieres casarme conmigo?

—Sí.

* * *

Y sigo queriendo; a pesar de que no tenga ni idea de lo que ha sucedido y a pesar de que lo he dejado, sigo queriendo. Puede que esto le haya venido grande. Puede que París sea un cambio demasiado brusco para él o puede que, sencillamente, se haya burlado un poco de mí y el juego consistiera realmente en que yo me enamorase de él y en conseguir el premio o el trofeo... ese trofeo que dejas de mirar cuando lleva un tiempo en tu casa. «He sido tan tonta y se lo he puesto todo tan fácil...», me recrimino, acostándome en el sofá, en posición fetal, para luego abrazar mis piernas.

Yo, que tras lo de Alberto me prometí centrarme en mi carrera, olvidé mi promesa para dejarme embaucar por sus palabras, que siempre eran las perfectas, como lo era él, solo que no existen los tíos tan perfectos, aunque de entrada lo parezcan.

Yo, que me había casado con mis sueños, incluso llevo una alianza que me une a ellos, permití que la balanza se inclinara hacia su lado e incluso abracé la posibilidad de ser madre. «Por supuesto que en eso consistía su juego, en dejarse claro a sí mismo que podía anillarme, y nunca más voy a ser tan confiada ni a consentir que nadie se burle así de mí, y debo de ser idiota,

porque una parte de mí sigue creyendo que hay una justificación para todo esto. Pero ¿qué justificación puede haber?», me pregunto, sin dejar de llorar.

Ojalá pudiera borrar momentos, porque, ahora, los borraría todos y dejaría mi mente a cero; a cero de recuerdos, a cero de vivencias compartidas, a cero de todo lo que me recordara a él. «Maldita sea, ¡hostia! —farfullo mentalmente, oyendo mi llanto desolado—. Ningún hombre se merece que lllore así —me riño, sin poder dejar de hacerlo—. Ningún hombre se merece que me sienta tan mal —me reprendo—, solo que no puedo parar, porque mi mente tampoco lo hace y me lleva continuamente a su lado; a nuestras excursiones en moto, a cuando me cantaba la canción esa de + o la otra en la que me decía que yo era su universo. Era imposible que no me enamorase de él, porque lo hizo realmente bien», asumo, aferrando uno de los cojines con fuerza, abrazándolo y recordando nuestros abrazos, que llegaban incluso en la ducha; recuerdo cómo me cobijaba entre sus brazos o cómo hundía su rostro en mi cuello. Fue tan perfecto todo... él era tan perfecto o, al menos, lo parecía.

«Me gusta cuidar a la gente que quiero, y pasar mi tiempo con ella... que sepa que es importante y especial para mí, y mi carrera es algo secundario, porque lo prioritario es mi vida... y tú estás ahora en ella. La pregunta es si tú quieres que yo esté en la tuya, y no se trata de complicarlo todo, sino de simplificarlo. Sí o no, tan simple como eso, porque, cuando eliminas las barreras, los límites o las fronteras, aparece lo inmenso frente a ti...»

«¿Cómo no iba a enamorarme de él?», me planteo de nuevo. Era imposible y, ahora, no sé cómo voy a hacerlo, no sé cómo voy a seguir con mi vida sin él a mi lado; puede que mañana, cuando salga el sol, lo vea todo de forma distinta, pero en este momento, sumida en la oscuridad de la noche, soy incapaz de imaginarlo, porque mi vida era él...

* * *

—También puedo adoptarte a ti si quieres. ¿Qué me dices? ¿Quieres que nos cuidemos? Yo te hago la comida, la cena o lo que quieras y tú me sonrías así todo el tiempo.

—¿Y solo tengo que sonreírte?

—De entrada, luego ya iré pidiéndote más cosas. ¿Qué te parece?, ¿nos adoptamos?

* * *

Y yo me lo creí. «Yo, que nunca he necesitado que me cuiden, me dejé cuidar por él, y, a su lado, me convertí en una guerrera en un jardín —rememoro entre lágrimas—; subí en moto y me convertí en motera; grité y me retorcí entre sus brazos, y sonreí tantas veces que llegué a un punto en el que dejé de contar sonrisas. A su lado dejé de ser la María Eugenia piedra para convertirme en la María Eugenia agua, y a su lado aprendí a vivir el ahora... y ojalá no hubiese vivido nada de eso», lamento, sin poder dejar de llorar.

«No existen las casualidades, pelirroja, y cada persona que se cruza en tu camino lo hace por un motivo.»

Me gustaría saber qué motivo tenía la vida para ponerlo en la mía. «Joderme, ese era el motivo —afirmo, rota—, porque bien que me ha jodido —pienso, soltando un sollozo—, y hoy voy a llorar la vida entera si hace falta, pero mañana no voy a derramar ni una sola lágrima —me prometo—. Hoy voy a llorar todo lo que he vivido a su lado, pero mañana no voy a molestarte en recordarlo —sentencio con dolor, porque, a pesar de mis palabras, sé que hay recuerdos que, aunque te duelan, no quieres dejar de atesorar—, posiblemente porque fuiste muy feliz mientras los viviste —reconozco, incrementando mi llanto—. Hoy voy a llorar todo lo que soñé con él —prosigo, retomando el hilo de mis promesas—, pero mañana mis sueños serán Dior y todo lo que viviré en París, y nunca más, jamás, consentiré que vuelva a inmiscuirse en mi vida. Y voy a cumplir mis promesas y él está fuera a partir de ahora y me importa bien poco lo que haya sucedido», remato, sintiendo cómo, poco a poco, mi cuerpo se rinde ante el cansancio provocado por las emociones.

* * *

Despierto acurrucada en el sofá, con el cuerpo entumecido por el frío, y, como puedo y mientras el sol de un nuevo día

despunta en el horizonte, me dirijo a mi habitación para sumergirme otra vez en la oscuridad de los sueños, «posiblemente porque no estoy preparada para enfrentarme a un nuevo día ni tampoco a mis promesas», admito, cubriéndome con la colcha y cerrando los ojos para adentrarme en ellos, en esa inconsciencia relajante en la que te sumerges cuando duermes.

Ojalá pudiera desaparecer del mundo al menos durante unas horas... «y ahora es cuando detendría el mundo si pudiera», oigo su voz a través de mi memoria.

«El mundo, el universo, las estrellas y las nebulosas —añado en esta especie de duermevela predecesora de los sueños—; el azul de la combustión completa», recuerdo antes de dejarme mecer por los brazos de Morfeo.

* * *

El sonido insistente del timbre me arranca de ellos y, aunque una parte de mí no quiere moverse de esta cama durante días e incluso durante semanas, puede que sea algo urgente, debido a la insistencia... «Quizá esté quemándose el edificio o haya sucedido algo grave», me digo, saliendo como puedo de debajo de las sábanas. «¡Y cómo pesa el dolor!», me percato, notando que me falta la energía, porque hasta caminar requiere de todo mi esfuerzo. «Pasaré, esto pasará», me animo, yendo hacia la entrada para luego ver a mi hermana a través de la mirilla.

«¿Qué hace aquí?», me pregunto mientras abro la puerta, para, casi al segundo, sentir sus brazos rodear mi cuerpo. «No quería llorar más, me había prometido no hacerlo —recuerdo—, solo que mis lágrimas parecen ir por libre y no están haciéndome demasiado caso», reconozco cuando un sollozo escapa de mi garganta mientras me aferro al cuerpo de Candela, ¡y qué falta me hacía un abrazo! «A la mierda, puedo llorar un día más», me concedo, sintiendo cómo mi cuerpo se sacude con mi llanto.

—Llora todo lo que necesites —oigo que me dice mientras me anclo con fuerza a su abrazo. «Ahora no voy a poder parar», admito, oyendo mi llanto desolado. Maldita sea, cómo me joro-

ba estar así por un tío que ni siquiera se ha molestado en darme una maldita explicación.

—Ya, ya estoy bien —le miento tras unos minutos de llanto incesante, alejándome de su cuerpo para ir en busca de pañuelos, porque llevo mocos por toda la mano. «Soy idiota», me riño, avergonzada, yendo hacia el baño de la entrada para limpiarme y sonarme con fuerza, ¡y malditos mocos y malditas lágrimas y maldito sea él, que me ha puesto en esta situación!

—Te he llamado cuando mamá me ha explicado por teléfono, preocupada, que tenía un mensaje tuyo de anoche en el que le decías que no ibáis a ir comer. Tienes cientos de llamadas de mamá y también mías... y, como no lo cogías, me he puesto en contacto con Ciro y me ha dicho... —se detiene, guardando unos segundos de silencio—. ¿Es verdad? —me pregunta con cautela mientras yo evito ver mi aspecto en el espejo.

—¿Qué te ha contado? —inquiero, posando mi mirada en mi hermana, porque prefiero cientos de veces verla a ella y su aspecto desaliñado que verme a mí, aunque verla a ella me lleva a verla a él, con su pelo revuelto, sus *jeans*, sus sudaderas y sus suéteres, en el mejor de los casos, «así que casi mejor si no miro a nadie», sentencio, saliendo del baño para encaminarme hacia el sofá, donde anoche lloré mi vida entera.

Maldita sea todo. Ojalá pudiera desaparecer del mundo o, en su defecto, largarme hoy mismo a París.

—Que lo habéis dejado —anuncia, prudente, siguiéndome, y sonrío entre lágrimas.

—Y suerte que te ha dicho que lo hemos dejado y no que lo he dejado, eso ya sería la hostia —mascullo con dolor, comprobando la hora en mi reloj de pulsera—. Vaya, qué tarde es —comento, barriendo mis pensamientos cuando llegan para recordarme que, según nuestros antiguos planes, ahora deberíamos estar todos en casa de mis padres, celebrando nuestro compromiso y mi nuevo cargo.

—¿Qué ha pasado? —me plantea, sacándome de mis cavilaciones, y es normal que quiera saberlo como posiblemente sea normal que yo quiera abrir un boquete en el suelo para esconderme en él hasta que deje de dolerme tanto.

«Quiero que sepas que me gustaría saber gestionarlo de

otra forma, pero no sé hacerlo. Si no vas a poder darme ese silencio que te estoy pidiendo, creo que es mejor que nos tomemos un tiempo, y quiero que quede claro que no te estoy dejando y que sigo sintiendo lo mismo por ti, pero necesito estar solo ahora —rememoro sus palabras, destrozada—, y ojalá tuviera una respuesta concreta para darle», me lamento.

—Ha pasado que íbamos a casarnos y que él iba a vivir donde viviera yo, porque su sueño era estar conmigo... o eso es lo que pasaba hasta ayer antes de que me subiera al avión —le cuento con una dureza que me sorprende incluso a mí—. No me preguntes qué sucedió después, porque, cuando llegué a casa, por la noche, lo encontré sentado, a oscuras, en el salón, y su bienvenida fue pedirme espacio y tiempo; luego se largó y, cuando regresó, me dijo que, si no podía darle eso que me estaba pidiendo, era mejor que lo dejáramos, y lo dejé. Siento no tener una respuesta más concreta para darte, porque, en realidad, no tengo ni idea de lo que ha sucedido. ¡Ah, sí! Me dijo que la cosa no iba conmigo... pero, para no ir conmigo, bien jodida que estoy. Esto me pasa por juntarme con quien no debo. ¡¿Cuántas veces te repetí que tenía veintisiete años, hostias?! ¡Dime! ¿Cuántas veces? —le espeto, acompañando mi pregunta con un sollozo desgarrador—. Maldita sea, no sabes cómo me jode llorar así —mascullo, secando mis lágrimas con rabia—. ¿Quieres que te explique lo que creo que ha pasado? —inquiero, yendo hacia la ventana para contemplar, durante unos segundos, la vida siguiendo su curso, completamente ajena a mi drama—. Creo que es muy fácil hablar y soñar con imposibles —empiezo a relatarle, bajando el tono de mi voz mientras las lágrimas corren, veloces, por mis mejillas—, pero, cuando esos imposibles se convierten en una realidad, pueden suceder dos cosas: que te acojones, como me acojóné yo cuando me llamó Toledano, o que te des cuenta de que esos sueños, en realidad, no los deseas tanto, y, sí, sé que también está la opción de que te vuelvas loca de felicidad, pero está claro que esa opción no puede aplicarse a nosotros. No sé si se ha arrepentido o simplemente que, una vez que ha conseguido su objetivo, ha perdido el interés —concluyo, echando garganta abajo todo lo que siento, ¡y cómo duele, hostias!

—Eso no tiene sentido —me rebate, levantándose del sofá para empezar a deambular por el salón mientras la observo sin moverme. «Está empezando a martillarme la cabeza», asumo, masajeándome las sienes—. Si no os hubiera visto juntos, esas opciones podrían encajarme, pero nunca he visto a un tío tan pillado por una mujer como él estaba contigo, ¡pero si vivía por ti! —Y sus palabras liberan, de nuevo, esas lágrimas que estaba comenzando a frenar—. ¿Y si ha sucedido algo? —me pregunta, y esa duda lleva pululando por mi cabeza desde anoche—. ¿Y si te está diciendo la verdad y, en realidad, no tiene que ver contigo? Oye, deberías hablar con él, porque Ciro no es así y lo sabes, y por supuesto que tú no eres ningún trofeo del que pueda cansarse. Piénsalo, no tiene lógica... no puede pedirte que te cases con él un sábado y agobiarse una semana después, y deja la edad a un lado, porque con veintisiete años sabes muy bien lo que quieres —me replica con seriedad—. Hazme caso. Ven-ga, dúchate, arréglate un poco y ve a buscarlo; yo te llevo si quieres, he venido en mi coche... Habla con él, porque algo tan especial como lo vuestro no puede terminar así.

—¿Cómo estaba cuando lo has llamado?

—No lo sé. Creo que lo he despertado. Me ha dicho que lo habíais dejado y me ha colgado —me cuenta, para luego guardar silencio.

—Es que no lo entiendo, es como si fuera otra persona que no conozco de nada y, sinceramente, no sé qué hacer —confieso, sintiéndome completamente pedida—. Cuando sucedió lo de Alberto, me prometí que nunca más iría detrás de nadie y me prometí cosas que luego me cargué cuando lo conocí a él. Puede que tengas razón y que no vaya conmigo, pero estábamos juntos —le digo, recolocando mis sentimientos para poder entenderlos, ¡y cómo duele hablar en pasado!— y, si te sucede algo, no excluyes de tu vida a la persona que está contigo, porque, entonces, ¿qué sentido tiene? Se supone que, cuando quieres, cuando amas a alguien hasta el punto de querer casarte con esa persona, estás tanto para lo bueno como para lo malo —«yo cuido de ti y tú cuidas de mí. Tan fácil como eso», recuerdo con pena—. Nosotros íbamos a cuidarnos, pero, si es verdad y no tiene que ver conmigo, me ha excluido; no ha deja-

do que lo cuide o que me implique en su vida, y no sé si quiero estar con una persona que actúa así frente al dolor, porque la vida no está exenta de él y hoy puede suceder esto, que no me incumbe, pero mañana puede suceder algo que nos incumba a ambos, y no quiero a mi lado a una pareja que me aparte y se recluya en su vida y en su sufrimiento.

—Cada uno se enfrenta como sabe o como puede al dolor, puede que ni siquiera sepa cómo hacer frente a lo que siente o a lo que le está ocurriendo y ahora sea cuando más te necesite a su lado —me dice, consiguiendo que me sienta mal conmigo misma.

—¿Y si no le sucede nada y simplemente lo ha pensado mejor? —le rebato, y es como si tuviésemos esparcidas, frente a nosotras y desordenadas, las piezas de un puzle inmenso sin una fotografía que nos indique los pasos que se deben seguir—. Estás dando por hecho algo que ni siquiera sabes; puede que no le pase nada y sencillamente haya decidido contarme esa milonga para dejarme.

—Y, por lo que dices, tú tampoco sabes más que yo. Si no le sucede nada, lo mandas a la mierda y sigues con tu vida, pero, si le sucede algo, al menos debería saber que puede contar contigo. Venga, cámbiate, yo te llevo —insiste, y por supuesto que las cosas se ven de forma distinta con la luz del día. «Puede que me precipitara anoche», asumo, llenando mis pulmones con una fuerte inspiración.

—Está bien, dame unos minutos.

«Tal vez tenga razón o tal vez no, pero, si vamos a romper, al menos que haya una justificación de por medio», concluyo, encaminando mis pasos hacia al baño para darme una ducha y despertar mi cuerpo, entumecido por el dolor.

Me visto como mejor puedo, dado el desastre de maleta que me hice anoche, para, luego, maquillarme a conciencia, intentando arreglar, en la medida de lo posible, las huellas que las lágrimas y las emociones han dejado en mi rostro. «Esto es lo máximo que puedo conseguir —me conformo, observando el resultado final en el espejo—. Mejor esto a lo de antes —me reafirmo, mordiéndome la cara interna de una mejilla—. Estoy nerviosa —reconozco, inspirando profundamente—. Puede

que anoche malinterpretara las cosas y me precipitara, o no, pero lo que está claro es que yo tampoco estuve muy acertada, porque hui cuando tendría que haberme quedado a su lado y ofrecerle lo que estaba pidiéndome, silencio.»

«Puedo ser muy obtusa... —admito, sintiendo cómo la esperanza se cuele discretamente en mi interior—, porque mi hermana tiene razón y él no es así, ni yo soy ningún trofeo, y, posiblemente, él no fue el único en gestionarlo mal», prosigo, encaminando mis pasos hacia el salón, en busca de Candela.